

CAPÍTULO XVIII.

REVOLUCION DE 1848.

BAJO tristes auspicios se inauguró el año 1848. La atmósfera cargada de pasiones empezó á despedir las primeras exhalaciones amenazadoras. ¡Cosa particular! hasta en los peligrosos y siniestros arranques del pueblo romano destacábase y brillaba el sentimiento que diez y ocho meses hacia dominaba la vida pública, siendo el móvil de todos los actos y el esplendor de todas las solemnidades.

Pio IX era el objeto que embelesaba á aquel pueblo sensible y susceptible; empero lo embelesaba de tal manera, que sin sus elogios ningun orador parecia elocuente, sin su nombre nada era completo, sin su amor nada era satisfactorio. Todos los corazones le amaban, todos los labios le aclamaban, todas las artes le glorificaban. Tal intimidad existia ya entre Pio IX y el pueblo, que este atribuia á extraños manejos cuanto aquel disponia en aras del bien público, empero con disgusto de las pasiones calenturientas.

El Papa, en vista de los desmanes promovidos en favor de la Suiza protestante, habia decretado reglas restrictivas de las manifestaciones populares; pues bien, esto no agradaba al pueblo, y esto no era atribuido al Pontífice, sino á la mano oculta que le dirigia y movia, segun ellos. El Papa, para no dar ocasion á escenas de cierta especie, habia determinado abstenerse por algunos dias de aparecer en público; el pueblo no sabe concebir que Pio IX se prive voluntariamente de dejarse ver de los suyos, y atribuye su ausencia á intrigas de sus adversarios.

En la noche del 31 de diciembre de 1847 los caudillos del movimiento revolucionario empezaron á esparcir el rumor de que Pio IX se hallaba arrestado en el Quirinal.

Roma entera se alarma, el pueblo se lanza á la calle, y como cuatro tor-

rentes impetuosos inunda el *Monte Cavallo*; ¿cuál es el grito de la muchedumbre? No otro que el de la libertad del Papa. ¡Queremos ver á Pio IX! exclama el pueblo.

Las masas redoblan sus aclamaciones en ademán de forzar la guardia del palacio, penetrar en sus habitaciones, y rescatar al que llamaban entonces *el augusto cautivo*. Empero la guardia suiza cumple con su deber, cierra las puertas del palacio y despeja sus frentes, evitando un tumulto en aquellas habitaciones, asilo del que es la clave de la paz del mundo.

El príncipe Corsini, primer senador de Roma, representante legítimo de la opinion de la santa Ciudad, informado de las disposiciones del pueblo y de la efervescencia de las pasiones hábilmente explotadas, presentóse en el Quirinal á suplicar al Padre Santo se dignara dejarse ver del público, para certificar con su presencia su omnimoda libertad de accion. Su Santidad accedió á la súplica del príncipe Corsini; el anuncio de que á la mañana siguiente el Papa se presentaria á su pueblo llevó el alborozo á todos los ánimos.

¡Cómo se amaban Soberano y súbditos!

En efecto, el paseo anunciado se realizó; nunca emperador alguno al entrar en la Roma antigua, enriquecido con los despojos de las mas célebres batallas, fue tan aclamado. No puede concebirse frase alguna cariñosa que no fuera aplicada á Pio IX en aquella tarde memorable.

El pueblo volvía á encontrar al padre que creia habia perdido; y le demostraba el horror que le causara la sospecha de su pérdida y el júbilo á que le transportara el convencimiento de su engaño.

«¡Bienvenido sea el Papa que se escondía!» clamaban una parte de las turbas; «Padre Santo, decian otros, que pronto volvamos á verte.»

Pio IX no llevaba otra escolta que cuatro guardias nobles para abrirle paso entre la multitud que se apiñaba para verle mas de cerca.

El paseo habia sido un gran triunfo; ninguna nube se habia asomado en el limpio cielo de los espíritus, inundado por la claridad del rostro de todos querido.

El cortejo se hallaba en la confluencia del Corso y de la via Condotti, cuando súbitamente aparece una oleada de populacho, profiriendo desentonados vitores á Pio IX, alternados con gritos de «Abajo el Gobernador, abajo Savelli, fuera los Jesuitas, muerte á los retrógrados.»

En medio de aquel deshecho huracan dispárase como una saeta Ciceriacchio, el héroe de todos los tumultos, y asaltando el coche pontificio, desenvuelve un tarjeton con un lema escrito, que profiere con estentórea voz: «*Valor, Padre Santo, el pueblo está á vuestro lado.*»

La brusca forma de aquella presentacion, el tinte avinagrado de los que se ofrecian al Papa como sosten y coluna, la conmocion general por aquella espantosa escena producida, sorprendieron á Su Santidad, cuyas fuerzas debilitadas le faltaron por completo, sumergiéndose en un desmayo alarmante.

El desvanecimiento del Papa fue objeto de muchos y encontrados comentarios: los partidarios de la revolucion pretendian que el corazon del Papa no habia podido permanecer sereno ante tan extraordinarias manifestaciones de ternura; los de contrarias opiniones eran de parecer que el arrojado de la pandilla capitaneada por Ciceriacchio le habia infundido un espanto tal que le sumió en un deliquio.

La explicacion del espanto nos parece mas natural; la presencia de un hom-

bre como el brusco tribuno, el asalto de su coche por el jefe de indisciplinadas turbas, nada podía tener de tierno, y mucho de alarmante.

A la mañana siguiente el *Diario oficial de Roma* expresó la profunda gratitud con que el Padre Santo había recibido las muestras de aprecio de sus vasallos, recordando al mismo tiempo la necesidad de evitar que tamañas expansiones degeneraran en inconveniencias políticas y sociales.

El Gobierno creía llegado el momento de que cesara la extraordinaria expresión del afecto popular, por lo mismo que Pio IX estaba ya cierto de que reinaba, por el cetro del amor, en el corazón de todos.

No convenia esto á los que contaban con la agitacion permanente para llevar adelante su programa de anarquía. Habíase ya constituido un poder secreto frente á frente del poder público; la demagogia estaba estrictamente organizada y disciplinada; sus órdenes misteriosas contrapesaban los decretos superiores; así es que, no obstante las disposiciones prohibitivas del Gobierno, los agitadores organizaron una manifestacion para alcanzar de Su Santidad la formacion de un ejército y de un ministerio laico.

La siguiente proclama, fechada en Santa María la Mayor el día 10 de febrero del mismo 1848, fue la respuesta dada á aquellas importunas exigencias:

«¡Romanos!

«El Pontífice, que por el espacio de casi dos años ha recibido de vosotros tantas demostraciones de amor y de fidelidad, no es sordo á vuestros temores ni á vuestros deseos. No cesamos de discurrir por qué medios podemos, sin faltar á nuestros deberes con la Iglesia, extender y perfeccionar las instituciones que os hemos otorgado voluntaria y espontáneamente; empero únicamente inspirados por nuestro ardiente deseo de dar la dicha á nuestro pueblo y por la estimacion en que tenemos sus nobles cualidades.

«Habíamos pensado en la organizacion de la milicia antes que la voz pública la reclamara, y hemos buscado cómo procuraros del exterior el concurso de oficiales, cuya experiencia militar pueda auxiliar la buena voluntad de los que sirven al Gobierno pontificio de una manera tan honrosa. Para ensanchar la esfera á los que por la experiencia y el conocimiento de los negocios pueden concurrir á las mejoras, ya habíamos pensado dar una participacion mas lata al elemento laical en nuestro Consejo de Ministros. Si el acuerdo de los príncipes, de quienes la Italia ha recibido las reformas, es una garantía de estos beneficios recibidos con tanto júbilo y reconocimiento, contribuiremos por nuestra parte á conservar y estrechar las relaciones de la mas sincera amistad y benevolencia.

«Nada, ó romanos y súbditos de la Santa Sede, nada de cuanto pueda contribuir á la tranquilidad y al honor del Estado lo olvidará vuestro Padre y vuestro Soberano; de quien habeis recibido y todavía recibiréis tantas pruebas de su paternal solicitud, si llega á obtener del cielo que Dios infunda en los corazones italianos el espíritu de paz y de sabiduría. En caso contrario, resistirá, con el auxilio de las mismas instituciones que ha dado, á todo movimiento de desorden, á toda peticion contraria á sus deberes y á vuestro bienestar.

«¡Romanos! escuchad la voz consoladora de vuestro padre, y cerrad los oídos á esos gritos que salen de bocas desconocidas, y que tienden á agitar los pueblos de la Italia por medio del temor de una guerra extranjera. Los hom-

bres que lanzan tales gritos os engañan; quieren arrastraros por medio del terror á buscar la salvacion en el desorden; desean confundir por el tumulto los consejos de los que gobiernan, y con tal confusion, dar un verdadero pretexto á una guerra que, si no le damos motivos, será imposible contra nosotros. ¿Á qué peligros, os pregunto, puede estar expuesta la Italia, mientras que un lazo de gratitud y de confianza purificado de toda mezcla de violencia unirá la fuerza de los pueblos á la sabiduría de los príncipes, á la santidad del derecho?

«Nos, sobre todo, Jefe de la santísima Iglesia católica, ¿creéis que si fuésemos injustamente atacados, no veríamos acudir á nuestra defensa una multitud inmensa de hijos, que vendrían á proteger la casa paterna, el centro de la unidad católica? ¿Qué don tan magnífico, entre tantos otros como ha dispensado el cielo á nuestro país, no es el de que nuestros tres millones de súbditos posean, entre los pueblos de todas las naciones y entre todos los idiomas de la tierra, doscientos millones de hermanos! En otros tiempos bien diversos, cuando la caída del imperio romano, la unidad católica fue el áncora de salvacion que preservó de la ruina á Roma, y á la Italia misma; y ahora será nuestra mas segura garantía mientras que en su centro resida la Sede apostólica.

«Á este fin, ¡oh gran Dios! ¡benedicid la Italia y conservadle el mas precioso de todos los dones, la fe! ¡Benedicidla con aquella bendicion que implora humildemente vuestro Vicario con la frente inclinada! ¡Benedicidla con aquella bendicion que imploran por la misma Italia los Santos de quienes fue cuna, la Reina de los Santos que la protege, los Apóstoles cuyas reliquias conserva, y vuestro Hijo, hecho hombre, que ha querido que esta Roma fuese residencia de su representante en la tierra.»

¡Elevadísimo lenguaje, que de mas atractivo no lo ha oido patria alguna, desde que JESUCRISTO enseñó á las almas generosas el estilo que se habia de usar al dirigir la palabra á una patria noble! El acento que oyó Jerusalem en un día solemne para ella, lo oyó en aquel día Roma, cuya poblacion verdadera lloró conmovida de ternura. «¡Mirad cómo nos ama!» esta era la frase que salia de todos los labios.

Los ocultos adversarios no se atrevieron á manifestar al público las verdaderas impresiones que les produjera su lectura; ellos se contentaban con repetir con énfasis estas palabras: «¡Oh gran Dios! benedicid la Italia.»

«Ha benedicido la Italia, decian; luego la causa italiana es una causa santa.»

Empero habia dos Italias, y por lo tanto dos causas italianas; la Italia sensata, ordenada, digna, consecuente con sus tradiciones, amante del progreso que tiene por punto de partida la fe, y aspirando á la civilizacion animada por el espíritu religioso; y la Italia turbulenta, refida con su historia y con sus destinos, que habia jurado la ruina de sus grandezas y el triunfo de sus pasiones mezquinas; la Italia que queria ser el foco del incendio universal, como la otra Italia aspiraba á ser el centro de la universal evangelizacion. Una Italia que queria reconstruir lo que las tempestades habian arruinado, y otra Italia que se habia propuesto arruinar lo que de las anteriores destrucciones permanecia ileso.

El sentimiento de dignidad é independencia cabia legítimamente en la Italia creyente y honrada. Pio IX obraba á impulsos de este doble sentimiento

patriótico, santificado por la Religión misma, porque á cada uno de los pueblos, como á cada uno de los hombres, Dios les dirige esta expresion santa: *Esto vir.*

La Italia dependiente ora del Austria, ora de Francia, era una nacion que estaba dando perenne testimonio de que le faltaban las virtudes esenciales á la vida propia de los pueblos. Crear las virtudes cívicas era preparar la independencia nacional. Pio IX, como á Soberano de Italia, aspiraba á la independencia nacional por vias legítimas, por procedimientos morales. Y si se le hubiera secundado, alcanzara la Italia por la paz y la virtud lo que por el atropello y la injusticia no llegará á consolidar jamás la política desmoralizada.

Estas consideraciones definen el espíritu de la bendicion dada por Pio IX á la Italia; no solo á la Italia religiosa, sino tambien á la Italia política.

Sin embargo, el equivocado sentido que á estas palabras se atribuía encrepaba las olas revolucionarias. Presentíase algo de grave, cuyo germen estaba en la atmósfera. Temíase que el Papa no podría dominar el conjunto de siniestras circunstancias, y que, desbordándose las pasiones, darian en tierra con todo principio de gobierno.

El Soberano quiso asegurarse de la confianza y cooperacion de la guardia cívica; á este efecto convocó á los catorce jefes de sus batallones, y les dijo:

«Os he llamado para preguntaros si puedo contar con vuestra decision y con vuestra fidelidad en las complicaciones próximamente posibles.

—Contad, respondieron unánimes, contad, Beatísimo Padre, con nuestro sacrificio personal; os pertenecemos con toda nuestra alma.

—No me basta esto, replicó; es preciso saber si los cuerpos que mandais están identificados con vuestro espíritu.»

Los comandantes no contestaron. Aquel silencio solemne heló el esforzado corazon del Papa que, lanzando un profundo suspiro, exclamó: «Ya lo preveía.»

Mas luego, encontrando su impasible serenidad y el valor que le es innato, dijo con imponente firmeza:

«Señores: las circunstancias en que nos hallamos son tan apremiantes, se presentan y suceden con tanta rapidez los acontecimientos, que es indispensable apelar á la lealtad de la guardia cívica. Á ella confío mi persona, el sacro Colegio, la vida y fortuna de mis súbditos, los gloriosos monumentos de esta ciudad, el sosten del orden y de la tranquilidad pública. No es posible á un soberano dar mayor prueba de confianza á sus súbditos de la que con estas palabras otorgo á los míos.

«He encargado á una comision que reuniese todas las disposiciones que he decretado para armonizar las reformas necesarias y adaptadas á las necesidades del tiempo.

«Aumentaré el número de los miembros de la Consulta de Estado, y daré mayor importancia y extension á sus atribuciones. Lo que yo conceda se conservará. Si los que debian apoyarme, y cuyo auxilio solicité, no me hubiesen impuesto condiciones, hubiera ido todavía mas adelante.

«¡Empero aceptar yo condiciones!!! No, jamás, de nadie; entendedlo bien, de nadie, jamás. Jamás se dirá en verdad que un Papa haya aceptado condiciones contrarias á las leyes de la Iglesia y á los principios de la Religión.

«Si alguna vez, lo que Dios no permita, quisiera alguno forzarme en mis derechos y violentar mi voluntad soberana; si me viera abandonado de aque-

llos á quienes tanto amé, y para cuyo bien lo he hecho todo, entonces me arrojaré exclusivamente en brazos de la divina Providencia.

«Guárdense los buenos ciudadanos de los hombres de intenciones perversas que, bajo pretextos fútiles, quieren subvertir el orden público y llegar entre ruinas á poseer lo de los demás.

«La Constitucion no es un nombre nuevo en este país. Los Estados que hoy la poseen la copiaron de nosotros. Nosotros hemos tenido la Cámara de los pares en el sacro Colegio, en la época de nuestro predecesor Sixto V.

«Ahora id, y que el cielo os ayude como á mí.»

Este discurso es un modelo de dignidad y de firmeza, de mansedumbre y de prudencia. Al leerlo parece que se ve brillar reaparecido el genio indisputable de Napoleon I. El gran papa y el gran político se revelan en esta expresion férrea de un ánimo inquebrantable, de una dignidad inabdicable. El rey y el sacerdote se ostentan en la doble cúspide del poder y de la virtud; y despues de saboreadas estas palabras, es preciso exclamar: El espíritu que esto dicta es inmortal; la victoria moral del mundo le es indefectible.

Aquella entrevista tenia lugar á las cuatro de la tarde del día 12 de febrero; por la noche cuarenta mil hombres á banderas desplegadas se reunieron en la plaza del Quirinal aclamando á Pio IX.

El Papa apareció en el balcon; la muchedumbre se sumergió en el silencio. Doscientas antorchas se agitaban sobre aquel océano de cabezas que, al aparecer la simpática figura del Pastor, se descubrieron simultáneamente.

En medio de aquel silencio sepulcral, y mientras que los brazos de Pio IX se levantaban para bendecir á su pueblo, una voz, una sola voz, empero una voz de bronce, dejó oír esta palabra turbulenta: *No queremos clérigos en el Gobierno.*

El Papa bajó los brazos y dijo: «Antes que la bendicion del cielo descienda sobre vosotros, sobre los Estados romanos, y, lo repito, sobre toda la Italia, os encarezco la union, la concordia, y deseo que vuestras peticiones no sean contrarias á la dignidad de la Santa Silla.

«Ciertos gritos que no salen, no, de mi pueblo, son proferidos por algunos sujetos extraños y desconocidos. No puedo, no debo, no quiero oírlos: *Non posso, non debbo, no voglio.*

«Así, pues, prometed ser fieles al Pontificado y á la Iglesia.»

Á estas palabras la muchedumbre electrizada exclamó:

«Sí, sí, prometemos. ¡Lo juramos!!!»

«Bajo esta promesa, prosiguió el Papa, ruego á Dios que se digne bendeciros, como yo mismo os bendigo con toda la efusion de mi alma. No olvideis esta promesa, sed fieles á ella.»

Pio IX se retiró; el pueblo lloraba como un niño: *¡Qué Papa!* exclamaban las turbas. *No es un hombre, es un Ángel,* decian otros. *Hé ahí el amigo verdadero de Italia,* repetian los de mas allá.

El día siguiente el Papa aconsejó al cardenal Riario Sforza, á Savelli y á Rasconni, eclesiásticos, presentaran su dimision para dar mas preponderancia al elemento laico en el Gobierno. En su lugar nombró al conde Pasolini ministro de Comercio y agricultura, á Francisco Sturbinetti ministro de Obras públicas, y al príncipe Teano ministro de Policía.

En aquellos días empezaron á usarse insignias tricolores, como una manifestacion pacífica de deseos constitucionales. En las cintas de los sombreros,

en los ojales de los fracs y chalecos, sobre los uniformes militares se ostentaban los significativos colores.

El movimiento constitucional se propagaba por toda la Italia. Los soberanos no podían resistir el impulso que partía del Quirinal; el pacto del Pontificado y del pueblo daba á la política un carácter inexplicable.

El severo rey de Nápoles había proclamado la Constitución el día 29 de enero de aquel mismo año; Turin la había otorgado á los 4 de febrero, y once días después Florencia.

Las noticias del movimiento de aquellos pueblos, que entraban de improviso en la nueva senda, aumentaba la agitación de Roma. Cada nueva conquista tenía eco en el Capitolio; el pueblo romano, que había tomado la iniciativa, aspiraba á ver cuanto antes coronada su obra.

Al cesar las tareas cotidianas el pueblo espontáneamente se congregaba en las plazas públicas para oír de los labios de ardientes tribunos las reseñas de las victorias de la libertad.

Florencia y Palermo, Nápoles y Turin eran victoreados.

Á los pies del Capitolio reunióse en una noche una multitud inmensa. El Senado romano iluminó la fachada de su célebre alcázar como en las épocas más esplendorosas de los antiguos triunfos.

En la inmensa plaza que precede al soberbio Capitolio se levanta la colosal y ecuestre estatua de Marco Aurelio; un hombre arrojado, de frente siniestra, ojos chispeantes, desgredados cabellos, desencajado rostro, monta atrevido sobre el caballo de bronce, y agitando la bandera tricolor, lanza como un trueno este grito: ¡Viva Pio IX solo!

La muchedumbre lo repite.

«¡Viva la Constitución!» vuelve á exclamar.

Y muchos repiten el ¡Viva! Otros, descubriendo ya el fondo de las intenciones, vacilan y murmuran.

Empero el grito está dado.

El tribuno desciende, y bandera desplegada, seguido de inmenso cortejo, se dirige á recorrer las calles principales de Roma.

Los edificios públicos, incluso las embajadas, han sido iluminados también.

Al pasar el cortejo por debajo de las ventanas del palacio de Austria, la multitud enmudece, las antorchas se inclinan al suelo, y las miradas enojosas de los transeuntes se clavan como saetas en la fachada.

Frente á la iglesia del *Gesu* oyense algunos gritos de animadversión contra los Padres de la Compañía.

El día 20 de febrero Pio IX quiso revistar á la guardia cívica.

Las filas de la guardia nacional se presentaron en toda su brillantez; su marcialidad le daba el aspecto de un verdadero ejército.

El Papa quedó agradablemente sorprendido de ver el imponderable orden y disciplina de aquellos regimientos improvisados.

Después de la revista, colocándose Su Santidad en un punto desde el que pudieran todos oír su voz, les dirigió la siguiente proclama:

«No puedo menos de manifestaros mi íntima complacencia al ver el admirable aspecto que presenta esta fuerza conservadora de la paz y del orden. Vosotros sois los enemigos de la anarquía y los sostenedores de la Santa Silla y del Soberano Pontífice.

«¡Oh Dios mío! ¡benedicid estos cuerpos! ¡conservadlos fieles á vuestra Iglesia! que los oídos de estos soldados permanezcan cerrados constantemente á las insidiosas voces de los pocos que se esfuerzan en impedir el bien. Bendicidlos con sus dignos jefes, para que continúen dirigiéndolos por el camino del honor y de la fidelidad; que vuestras bendiciones, Señor, se extiendan también sobre sus familias, que forman una gran parte del pueblo romano.»

Al concluir esta proclama levantóse en toda la línea un grito cerrado de: ¡Viva Pio IX! ¡Viva para siempre!

Instantáneamente los cascos de todos los guerreros se elevan sobre las bayonetas; el pueblo se descubre como los soldados, la muchedumbre se arrodilla, y una nueva bendición papal desciende sobre Roma.

Esta vez, como todas, había bastado la presencia y la palabra de Pio IX para devolver la confianza á los ánimos conturbados y á los espíritus tímidos.

Empero estaba escrito que todas las complicaciones y todas las crisis debían conjurarse para sembrar de obstáculos la generosa política del invicto Pontífice.

Á las conmociones trascendentales de la Suiza, á las desconfianzas peligrosas del Austria vino á agregarse la explosión de la revolución francesa.

Mientras Mr. Guizot daba consejos de prudente política á Pio IX para evitar su caída, ignoraba que tenía minado el suelo en que descansaba su autoridad; el astuto diplomático, que se interesaba para que no vacilara el trono de Gregorio XVI, no advertía las primeras oscilaciones del trono de los Orleans. La monarquía de Luis Felipe no tenía derecho á la paz, porque se hallaba fundada sobre la guerra.

El pueblo se cansó un día de ella, y no la encontró sujeta á las reglas de justicia que ella recordaba á los demás gobiernos. Llamábase hija de la libertad; empero la Francia, sin disputarle su prosapia, no quería concederle que siendo hija de la libertad fuese consecuente y fiel á su materno linaje.

Siempre se ha visto lo mismo. Los poderes que se glorían de haber nacido de la libertad mueren llevando escrito en la frente el crimen de la tiranía. La usurpación rara vez se presenta con el carácter maternal.

El Gobierno de los Orleans llegó á hacerse insoportable á la Francia. Cuando se convierte el vocabulario de los derechos en una pantalla para cubrir la asquerosidad del arbitrarismo, los pueblos se indignan, y los soberanos no saben qué contestar á la íntima que les dirigen las muchedumbres.

El rey que es rey en virtud y gracia de un motín, debe resignarse á abdicar el cetro en manos del primer motín que le dice: abdica.

Luis Felipe cayó con una facilidad espantosa. La revolución no hizo más que cambiar el aire de la marcha; la marcha para el extranjero sustituyó á la marcha real, y hé ahí todo.

Los pueblos se han aventajado en la industria de hacer reyes; por lo que, teniendo tan á mano fabricar sienes capaces de ceñir corona, ó constituir Gobiernos capaces de vivir sin reyes, se preocupan poco de las cuestiones capitales de la política.

Francia se constituyó en república. El tránsito fue una especie de fiesta sombreada por un puñado de víctimas.

No es todavía hora de describir el carácter y el espíritu de la república francesa de 1848.

Empero el nombre de república, con que se instaló el Gobierno francés so-

bre las ruinas de la monarquía orleanista, fue una verdadera complicación para la política romana.

Las noticias de los acontecimientos de París produjeron en Roma el efecto presumible, si bien, á decir verdad, creemos que hubiera sido más desastroso el efecto de aquel notable cambio, á haber habido al frente de los Estados pontificios un soberano menos querido y á la vez menos prevenido que Pío IX.

El 5 de marzo fue día de verdadero peligro.

Los ardientes demagogos, que tenían su cuartel general en el café de las *Bellas artes*, organizaron una manifestación extraordinaria. El punto objetivo fue el palacio Mignatelli, donde se hallaba constituido el círculo de los franceses residentes en Roma. Los gritos de «Viva la república francesa» atronaron los oídos de los allí cobijados, muchos de los cuales luchaban entre el sentimiento de esperanza y el sentimiento de temor que en ellos suscitaba la más impensada nueva.

No guardaba la Francia recuerdos muy halagüeños de anteriores repúblicas para entregarse á inculcadas manifestaciones de regocijo.

Empero los romanos exigían de los franceses el tributo del alborozo. Penetrando en su círculo, ofrecióse una escena de abrazos, en los que quizá se ahogaba más de un triste presentimiento y de una proyectada protesta.

Á la mañana siguiente la colonia francesa deliberó si se estaba en el caso de devolver con una demostración pública á los adherentes al café de las *Bellas artes* el testimonio de ellos recibido. Doscientos votos contra ciento noventa y cinco resolvieron limitarse á enviar una atenta carta de agradecimiento.

La actitud pasiva de los franceses contrariaba los planes de los calenturientos romanos, los que decidieron á toda costa obtener un hecho ruidoso y característico. Convocaron una muchedumbre de franceses de quinta línea, que reclamaron fuese quitado el pabellón de julio que flotaba en el palacio de la embajada francesa.

Había á la sazón en Roma un hombre glorificado por un nombre histórico de valía, el conde de Rampon, el cual, sabedor de la trama que venía urdiéndose, se presentó en el palacio de Francia pidiendo con urgencia por el embajador.

—Os es imposible verle, se le contestó.

—Id, y decidle de mi parte que llevo un negocio urgentísimo, replicó el Conde.

—No puedo acceder á vuestra súplica, le respondió el criado.

—En este caso, insistió el Conde, estad seguro que, aunque sea rompiendo puertas, yo entraré; en el ínterin tened entendido que os hago responsable en nombre de la Francia de cada minuto que pierda yo en la antesala.

Al ver tan inusitada decisión el criado puso en conocimiento del Embajador la pretensión del Conde, el que no hay que decir franqueó la puerta á su compatriota.

Era embajador de Francia el conde de Rossi, hombre de un temple de espíritu extraordinario y de raras cualidades; al oír lo que el de Rampon le refería, «¡esto es horrible! exclamó furioso. ¿Y son franceses los que se proponen profanar las armas de la Francia? ¿Ignoran que el pabellón nacional es doblemente inviolable y sagrado en país extranjero? ¿Olvidan que el pabellón francés no puede caer sino teñido con la sangre de los que lo han recibido en depósito? En tal caso mi cuerpo servirá de muralla á las armas de la Francia;

antes pasarán por encima de mi cadáver, que lleguen á inferirle la más mínima ofensa.»

—É igualmente por encima del mío, añadió el conde de Rampon. Empero, el tiempo urge, prosiguió este; en época de revolución los minutos son horas; yo os propongo que para evitar un conflicto seguro y pronto reemplacéis la bandera de Luis Felipe por la de la República...

—Los colores son los mismos, dijo el Embajador.

—Empero las armas y la divisa son distintas; quitemos las de julio, y esta medida será suficiente.

—Es imposible, contestó Rossi; el Gobierno romano no consentirá nunca semejante sustitución sin exámen.

—Probémoslo, dijo Rampon, vamos al Quirinal.

Ambos partieron. Quince minutos después se hallaban á la presencia del cardenal Boffondi, ministro de Estado.

Era S. Ema. un hombre de maduro criterio, que sabía colocarse de un vuelo sobre las circunstancias para juzgarlas y dominarlas.

El Cardenal tomó la pluma y firmó inmediatamente la autorización.

En el entre tanto el pueblo romano se sentía empujado en el camino de nuevas reclamaciones. No se atrevía á pedir la república; lo que reclamaba era la constitución de un *estatuto fundamental*.

El día 6 de marzo la Municipalidad romana se presentó á Su Santidad, expresándole los votos ardientes del pueblo, que los hacía para obtener pronto un Gobierno representativo.

El Papa recibió aquella ilustre Corporación con todas las deferencias imaginables, y con noble ingenuidad contestó á sus súplicas:

«Los acontecimientos que ya no se mudan, sino que se precipitan, justifican completamente la petición que vos, señor senador, me dirigís en nombre del Concejo y de la magistratura de Roma. Nadie desconoce que sin cesar me ocupo en dar á mi Gobierno la forma más adecuada á las exigencias actuales, así como á nadie pueden ocultarse las dificultades á que se ve expuesto el que, como yo, reúne en su persona dos grandes dignidades, para trazar la línea de demarcación entre sus dos poderes. Lo que en un Gobierno secular es dado hacerlo en una noche, en el Gobierno pontificio exige maduro exámen.

«Me lisonjeo, no obstante, de que dentro pocos días—pues se hallan ya terminados los trabajos preliminares—podré participaros un resultado que corresponderá á los deseos de todas las personas razonables.

«¡Bendiga Dios mis deseos y mis trabajos! Si de ellos saca ventajas la Religión, me arrojaré á los pies del Crucifijo para dar gracias al cielo de los acontecimientos que ha permitido, y mi satisfacción será mayor como á jefe de la Iglesia universal que como á príncipe.»

Pío IX perseveraba, pues, constante en la línea política emprendida. Las tempestades sociales no habían conseguido anublar su alma, superior á todas las mezquindades. Había emprendido la marcha impulsado por el testimonio de una conciencia intachable, é iba adelante.

Tres días después, para preparar los cambios que había ya prometido, confió la administración de los diferentes ramos de Gobierno á los sujetos siguientes:

Presidencia, el cardenal Antonelli.

Ministerio del Interior, conde Recchi.